

ciones; muchos hombres de letras, fascinados por los recuerdos clásicos, creían mantenerse fieles a los antiguos dioses, cuando en realidad sólo lo eran a formas literarias. Todo su pensamiento giraba en el círculo encantado de la mitología pagana, por lo que era casi imposible atraer al pie de la cruz a hombres tan enamorados de todo lo que el cristianismo perseguía con anatemas. Las letras profanas eran terreno demasiado resbaladizo para que un cristiano pudiese poner el pie en él sin exponerse a caer en el fango; no se penetraba en los santuarios académicos sin comprometer su carácter, ya que las musas del siglo iv sólo se complacían en necedades difíciles y en cuadros obscenos, cosas poco compatibles con el espíritu serio y la absoluta pureza de pensamiento que Cristo exigía de sus fieles. ¿Quién, pues, leyendo el inmundo *Centón nupcial* de Ausonio, podría persuadirse de que es la obra de un poeta cristiano? Es verdad que la obscenidad era aquí pura convención literaria, como lo fué también en las poesías de Ennodio, aquel obispo italiano que escribió en prosa sermones edificantes, y en verso muchos epigramas indecorosos sobre el toro de Pasifae; pero nada mejor que este ejemplo para mostrar la incompatibilidad existente entre la profesión de la fe cristiana y las ocupaciones de la vida literaria.

¿Qué había de ser, por otra parte, de aquellos profesores de literatura y aquellos maestros de elocuencia el día en que la austera y sombría doctrina del Galileo, al despoblar el Olimpo y la Naturaleza, secase al mismo tiempo las fuentes de su inspiración y de sus ingresos pecuniarios? A falta de cariño y de conciencia, el interés y la vanidad imponían a los hombres de letras aquella su fidelidad al culto antiguo; su oficio era enteramente pagano, y en cierto modo veíanse ellos mismos obligados a serlo por decencia. Es sabida la sensación que produjo en Roma la conversión de uno de ellos, el célebre Mario Victorino: parecía cosa increíble. Desgraciadamente, si los retóricos divertían aún al mundo, la verdad es que ya no le convenían; su devoción forzada y su entusiasmo ficticio le dejaban frío; no llegaron ni a reanimar su celo por la mitología el día en que tomaron posesión del trono imperial en la persona de aquel joven pedante, sencillo e intrépido, discípulo de Homero, que aparece como perdido en el trono de los Césares.

Merece mayor respeto aquella otra clase de espíritus cuya adhesión al paganismo se basaba en ideales patrióticos. Viendo en el culto antiguo al representante de los recuerdos gloriosos a que estaban unidos de manera indisoluble, se daban cuenta de que el Imperio sólo se salvaría permaneciendo fiel a aquél. El espectáculo de una

decadencia continua cuyas causas eran demasiado remotas como para que pudieran ser comprendidas por los hombres de entonces, alimentaba tales convicciones. Según ellos, todas las desgracias públicas procedían del abandono del culto nacional, y Roma no recobraría su poder antiguo más que volviendo a sus dioses; pero ¿cómo podía el Imperio dar la victoria a sus banderas, si, escuchando a los obispos cristianos, retiraba la estatua de la diosa de la victoria de la sala de deliberaciones del Senado? Tal era la argumentación de los polemistas paganos en los últimos días del siglo iv; fundada exclusivamente sobre consideraciones de orden político, no había sido hecha para persuadir a los corazones; la fe de Símaco se parece a la que profesaba Cicerón y a la que preconizaba Varrón: a la patria es a lo que estos ilustres ciudadanos adoraban en sus dioses, y su única religión era la grandeza de Roma. Pero había llegado la hora en que semejante culto no bastaba ya a la conciencia del género humano.

Sin embargo, el Imperio, semejante a los dioses de que había renegado, y llegado al mismo punto de vejez y de impotencia, ofrecía a sus últimos fieles el espectáculo de una decrepitud que debía desanimar a la adoración más intrépida; había desaparecido la fe en su eternidad, y se extendía cada vez más el presentimiento de su fin inminente. Se llegó a decir que los doce buitres que Rómulo vió sobre el Palatino representaban los doce siglos de existencia reservados a la dominación romana, con lo que el último de estos siglos ya había comenzado. Era tal el abatimiento universal, que un escritor de entonces censura a León I por haber dejado entrar en Constantinopla a un príncipe sarraceno que debía recibir la investidura de manos del Emperador, pues no debió permitir que ese bárbaro pudiese darse cuenta por sus propios ojos de la debilidad y pobreza del Imperio. Recuérdese la prodigiosa impresión de admiración y respeto que medio siglo antes se apoderaba del alma de otro bárbaro recibido en la misma capital, y se podrá medir el camino recorrido en la pendiente de la decadencia desde los días de Teodosio el Grande¹.

Y al considerar la marcha de los negocios públicos, ¿quién no había de desesperar del porvenir? El Emperador mismo inspiraba verdadera compasión; era un dios vuelto a la infancia; el vértigo imperial no se producía ya en él, como en otros tiempos, por los crímenes grandiosos que ponían espanto en el mundo, sino por acce-

¹ MALCHUS, *Excerpt. ex legat.*, pág. 333 (*Corpus script. byzant.*); cfr. más arriba la página 140.

sos de locura imbecil que hacían sonreír; se divertía con títulos y juguetes; se extasiaba en la contemplación de sus grandezas, y todos los días inventaba algún apelativo más santo y más sublime para designarse a sí mismo ante los mortales. Hay que escucharle hablar de *la aurora de su principado sagrado* y del *esplendor de su divinidad que se irradia sobre el mundo*. Honorio, algunos años antes de la toma de Roma por Alarico, se alaba en su arco de triunfo de haber sometido a los godos *para siempre*; Teodosio II nos confía en el Código que, *en su augusta solicitud, se preocupa noche y día por los intereses del género humano*, y Mayoriano dicta leyes que deben durar *toda la eternidad*¹. A un prefecto del pretorio, digno servidor de semejantes señores, se le oye declarar que un juramento prestado ante Dios puede ser violado por razones de Estado; pero que sería mucho más grave infringirlo si se hubiese jurado por la cabeza del Emperador².

No había en el Imperio leyes más sagradas que las de la etiqueta palatina. Un día, el mundo entero se llenó de estupor: ¿es que el médico del príncipe había osado sentarse a la cabecera de su augusto enfermo! Desde Bizancio la noticia se esparció por todo el mundo romano, y la crónica de entonces, que no consignaba más que batallas desastrosas o pérdida de provincias, mencionó el hecho como una calamidad pública³. Un pueblo de eunucos y de cortesanos galoneados se agolpaba alrededor del augusto fetiche imperial, para el cual formaban una especie de senado oculto, pero omnipotente, que gobernaba con él, por él o sin él. Por encima de ellos se escalonaba el mundo oficial en categorías jerárquicas, a cada una de las cuales correspondía un título peculiar. ¡Desgraciado el ignorante que se hubiese extraviado en el dédalo de estas Gravedades, Sublimidades y Excelencias, y que por descuido no hubiera dado a cada mandarín el título que le atribuía el almanaque imperial!

Este mundo de funcionarios era todo un Imperio. Con tal que continuase girando con regularidad automática, todo iba bien; se hubiese dicho que estas ruedas tan sabias se habían hecho para ellas mismas, y que el género humano no tenía más objeto que darles los medios de funcionamiento. ¡Así funcionaban sin interrupción! El Emperador continuaba haciendo leyes; hacía más que nunca a juzgar por el *Código teodosiano*, que contiene docenas de ellas consagradas una tras otra al mismo objeto; pero esta actividad febril de la legis-

¹ MABILLON, *Analecta*, IV, pág. 359; *Novell. Theodos.*, I, 1, 1; *Novell. Majorian.*, tit., IV y *passim*.

² ZOSIM., V, 50, *in fine*.

³ MARCELLIN., *Comit. Chronic.*, a, 462.

lación se parece bastante a la del corazón, cuyas pulsaciones se multiplican a medida que su vida se debilita. La ley ya no era obedecida, porque la autoridad no tenía fuerza suficiente para hacerla respetar, y no estaba a la altura de ninguna de sus atribuciones. Para formarse una idea de lo que podía en materia económica, basta leer en el historiador Sócrates que el hambre desoló a Frigia mientras que Constantinopla nadaba en la abundancia¹.

El Imperio se vaciaba rápidamente. En vano intentaba curar la anemia de las provincias mediante transfusiones cada vez más abundantes de sangre germánica, pues los *letos* y los colonos establecidos sobre el suelo romano continuaban siendo bárbaros, y la despoblación seguía con la miseria su marcha invasora. Las remisiones de los impuestos se sucedían incesantemente: ¡sinistro presagio! A fines del siglo IV, en el propio corazón de Italia, en aquella Campania llamada antes "La Feliz", había abandonados más de quinientos mil arpendes de tierra². La malaria se multiplicaba por las costas de Etruria y del Lacio. En muchas provincias se veía renacer la selva sobre las ruinas de las casas de campo, y la barbarie de la naturaleza, precediendo a la barbarie de los pueblos, invadía las tierras civilizadas. En Galia, las fértiles comarcas vinícolas volvían al estado silvestre; las vías militares se destruían, faltas de conservación; los canales, obstruidos, se transformaban en pantanos, y los lobos y otras fieras penetraban impunemente hasta el centro de las ciudades³. Las fronteras del Rin y del Danubio presentaban un aspecto horroroso; el suelo estaba sembrado de escombros, las ciudades se desmoronaban, incendiadas o abandonadas, y los huesos de los muertos blanqueaban en los campos⁴.

Al simple rumor de que se acercaba una invasión nueva, las poblaciones de los territorios amenazados huían desoladamente a través del Imperio, como nómadas sin patria⁵. Cada vez que podemos levantar un velo y escuchar la voz de algún contemporáneo, asistimos a cuadros desgarradores, de donde salen lúgubres quejas: ¡Qué sería si se supiese todo! ¡Qué luz más triste arroja, por ejemplo, sobre el estado de aquella sociedad una ley como la de Valentiniano del año 364, que prohíbe a los pastores que anden a caballo, y esto sólo para reducir a la impotencia sus tentativas de bandolerismo! ⁶

¹ SÓCRAT., IV, 16.

² *Cod. Theod.*, XI, xxviii, 2.

³ *Incerti gratiarum actio Constantini dicta*, c. 6; EUMEN., *De restaurandis scholis*, c. 18; GREG. TUR., *Hist. Eccl., Francorum*, II, 34; *Sid. Apoll., Epist.*,

VII, 1.

⁴ Priscus, *Fragmenta*, pág. 171 (*Corpus script. byzant.*).

⁵ *Cod. Theod.*, X, x, 15.

⁶ *Ibidem*, IX, xxx, 2 y 5.

Bajo la presión de semejantes calamidades, las clases agrícolas, que eran las más vejadas, acabaron por sacudir también el yugo; tomaron las armas por desesperación, y organizaron en Galia y en España aquellos temibles levantamientos de bagundas que tanto favorecieron a los invasores. Es que ya les parecía Atila menos temible que César; por eso saludaron con alegría la llegada de los bárbaros, que, al destruirlo todo, destruían también sus cadenas.

Era la primera vez que se daba semejante espectáculo al mundo: el hombre rompía violentamente el contrato social y renunciaba a su herencia de civilización, para sumirse de nuevo, con el frenesí de la desesperación, en aquel estado de barbarie de donde había salido después de doce siglos de esfuerzos y de fatigas; he aquí la lección más sorprendente e instructiva que la sociedad antigua, a punto de terminar sus destinos, ha podido legar a las meditaciones de la posteridad. En este momento aciago en que la humanidad, despertando con dolor de su ensueño divino, ve desencantada que ha equivocado su camino, es interesantísimo escuchar sus quejas, que un contemporáneo nos ha consignado en cierta relación cuya profundidad y verdad difícilmente podrán ser excedidas.

Cierto día, una embajada romana marchó, humilde y temblorosa, a saludar al feroz Atila en su ciudad de madera, a orillas del Danubio. Un miembro de tal embajada, que es el mismo narrador, vagaba por las calles de aquella ciudad extraña, que no era más que un campamento, cuando se asustó al oír que le saludaba en griego un hombre vestido con traje de bárbaro; en la conversación que trabó con él, supo que su interlocutor era un mercader griego que, víctima como tantos otros de la ruina universal, se había refugiado entre los hunos, y que, feliz y enriquecido, se felicitaba de su nueva condición, por hallar en ella tres cosas que ya no había en el Imperio: libertad, seguridad y bienestar. El neo-bárbaro trazó un cuadro sombrío y dolorosamente exacto de los males que había tenido que aguantar bajo el Imperio romano: las trabas puestas a la libertad individual, la cobardía y la impotencia de los defensores del Estado, el rigor despiadado con que se cobraban los impuestos, la iniquidad de la justicia, que sólo castigaba a los pobres y a los débiles, dejando escapar a los ricos por dinero, etc., etc. Tales eran las quejas invocadas contra el Imperio por un hombre cuya sola vida era acusación más elocuente aún que sus palabras.

Prisco intentó replicarle, pero, agobiado sin duda por la dificultad del asunto, omitió refutar las quejas, demasiado justas, de su interlocutor, y cambió el terreno de la discusión presentando, no la de-

fensa de la sociedad romana tal como era, sino el panegírico de lo que hubiera debido ser. Hizo desfilar ante sus ojos el cuadro encantador de la civilización ideal, enumerando los beneficios que le debe el género humano: una legislación sabia y previsora, instituciones destinadas a satisfacer todos los intereses, justicia administrada por tribunales ilustrados, el ejército combatiendo en las fronteras para proteger la seguridad del labrador, cuyos sudores alimentan el tesoro público, la libertad que todos tenían de disponer de sus propiedades y, en fin, la dulzura de las costumbres romanas, que formaban tan vivo contraste con la ferocidad de las de los hunos.

El neo-bárbaro sabía demasiado bien cuánto se apartaba de la realidad este sueño magnífico; sin embargo, en cuanto lo oyó, se suscitó en él la nostalgia de la civilización, aun en medio de su nueva condición, y respondió, derramando lágrimas de profunda emoción: "Sí; es cosa excelente la civilización romana, pero los Gobiernos de hoy no tienen la sabiduría de los de otras épocas, y sus culpas los han llevado a la ruina actual"¹.

Se equivocaba aquel griego convertido en bárbaro, pues los Gobiernos de su tiempo no eran más que los tristes herederos de un pasado que los aplastaba con el peso de sus faltas acumuladas, y la sabiduría de las épocas anteriores había engendrado los desastres de la actual. Pero ¡qué enseñanza para el historiador y el filósofo en la conversación de estos dos desgraciados ciudadanos que, sin saberlo, declamaban el epílogo de la historia romana a la sombra de las formidables chozas de donde había de salir muy pronto el *Azote de Dios* para poner fin a aquella civilización!

Felizmente, en el seno de aquel mundo condenado a morir, crecían, plenas de savia y de porvenir, las fuerzas que habían de sucederle; estaban en él, aunque sin ser parte suya; absorbían toda su sustancia, y transformaban en jugos fecundos los elementos que le sustraían. A través de sus formas adelgazadas y transparentes, bajo las cuales se veía el esqueleto, diríase que se percibían los movimientos enérgicos y los latidos impetuosos de una vida nueva que, aprisionada en sus formas viejas, había de romperlas para brotar. La sociedad entrañaba un porvenir desconocido, aunque hubo momentos, en los últimos siglos del Imperio, en que tal porvenir parecía querer manifestarse, como la luz de un relámpago, con evidencia sorprendente. ¿Quién no se hubiera admirado, por ejemplo, de ver, después de la batalla de Andrinópolis, y cuando Bizancio fué sitiada por los godos y defendida por los sarracenos, una especie de iro-

¹ PRISCUS, *Fragmenta*, pág. 190 (*Corpus script. byzant.*).

nía profética que ponía frente a frente a las dos razas llamadas a repartirse los restos del Imperio en Oriente y en Occidente, y que, entre tanto, se encontraban como enemigas al pie de su último baluarte? ¹

Cuando todo estuvo preparado para el advenimiento del mundo moderno, resonó lo que el profeta llamó el silbido de la Providencia: violentas conmociones, cuyo origen y vicisitudes han quedado sumidas en las tinieblas, quebrantaron la inmovilidad del Extremo Oriente y precipitaron sobre Europa a uno de aquellos pueblos mongólicos habituados a vagar hasta entonces por los desiertos inmensos del Asia Central. La sola aparición de estos recién venidos en los confines orientales del Imperio fué acogida con estupor y espanto por las razas más nobles, cuyos hogares venían a disputar; se temblaba a la vista de aquellos horrorosos centauros imberbes, de tez amarilla, de cara acuchillada, cráneo y nariz aplastados, cabeza afeitada, ojos pequeños y hundidos como dos puntos luminosos en cavernas profundas, y cuerpo deforme como el de aquellos ídolos groseros de madera que se encontraban entonces sobre los puentes. Sucios, mal vestidos, con los pies envueltos en harapos, alimentándose con leche o con carne cruda que guardaban bajo las sillas de sus caballos, pasaban todo el día a caballo y por la noche dormían, revueltos en promiscuidad repugnante, bajo el toldo de los carros que llevaban consigo. Costaba trabajo ver algo de humano en aquellos monstruos, extraños a todo sentimiento de pudor y de humanidad, y a quienes se suponía nacidos del cruzamiento de las brujas con los espíritus impuros de las estepas. A las poblaciones, consternadas, les hacían el efecto de los azotes de la naturaleza contra los cuales sería inútil buscar armas. Prontos como el rayo en el ataque, infalibles en los golpes que descargaban, inalcanzables cuando eran perseguidos, parecía que existían sólo para destruir, y se vanagloriaban de que la hierba no crecía donde habían pisado sus caballos.

Cuando, abandonando los inmensos desiertos en que podían moverse ampliamente con sus rebaños, cayeron estos nómadas sobre las densas poblaciones sedentarias de la Europa oriental, se produjeron choques cuyas sacudidas sintió el Imperio mucho antes de ver los rasgos fisonómicos de los hunos. La destrucción del Imperio por parte de los hunos fué un drama en tres actos, el primero de los cuales fué desempeñado totalmente por los precursores de Atila, quien no apareció sino al fin, para dar el golpe de gracia a la víctima agotada. El dilatado reino gótico, vecino de los romanos sobre los grandes

¹ AMMIAN. MARCELLIN., XXXI, 16, 5.

ríos del mar Negro, quedó en seguida desmenuzado bajo la presión de los bárbaros, y lanzó sobre el Imperio los restos de esta nación fuerte y valiente de los godos, que iban a ser tan temibles. Los godos, recibidos al principio en la orilla derecha del Danubio, y provocados muy pronto por la deslealtad de sus huéspedes, tomaron las armas y exterminaron al ejército romano, con su Emperador, en esa batalla fatal de Andrinópolis, que fué para el Imperio un Canas sin esperanza; después, dueños de su porvenir y del mundo, entran en campaña tras algunos años de descanso, devastan la Iliria y Grecia, caen sobre Italia, saquean la Ciudad Eterna, siguen hacia las Galias y España, y no se detienen sino después de haber conquistado en una sola generación las tres grandes penínsulas del Mediterráneo.

Tal fué el primer acto. Un nuevo paso hacia adelante, dado por los hunos en dirección a las llanuras de Alemania y de Hungría, determinó una segunda catástrofe no menos terrible. Muchedumbres de pueblos bárbaros, arrojados de su país, hundiéndose en ruinas unos sobre otros, formaron por acumulación un alud formidable que cayó sobre Galia, en donde se dividió en dos ramas, una de las cuales rodó hasta los Apeninos, mientras la otra se precipitaba sobre España y de aquí sobre África, resultando que después de esta doble invasión sólo quedaban ya en Occidente algunos restos de provincias que no estuviesen en poder de los bárbaros; la Galia central, Italia y una parte del norte de África eran los únicos islotes de la cultura romana en medio de aquella inundación general. Inmóvil ante aquel cataclismo sin precedentes, Honorio, *el Emperador recluso*, protegido por las lagunas inaccesibles de Rávena, había visto sin emoción cómo desaparecía su Imperio. Es cierto que derramó lágrimas sobre los tristes destinos de Roma, pero tales lágrimas —según se decía— iban dirigidas a una perrita faldera que llevaba ese nombre y que perdió hacia la misma época en que perdió el mundo.

Desde lo íntimo de su ciudad de madera, Atila, autor de estos desastres desde antes de haber puesto su mano en el Imperio, contemplaba su obra, y terminaba mediante artificios de diplomacia refinada lo que había empezado con la espada. Este hombre terrible, tan astuto como brutal, manejaba con la misma superioridad la espada de las batallas que el hilo de las intrigas; su doblez igualaba a su fiereza, y no recurría a la fuerza sino cuando ya había visto fracasar sus astucias. Capaz de contenerse durante el tiempo que conviniera a sus intereses, estallaba instantes después en violencias inauditas, sin que se pudiese decir si esas mismas violencias no eran en parte premeditadas y queridas. Durante largo tiempo se com-

plació en mantener la amenaza de muerte sobre ambos Imperios, oprimiéndolos sucesivamente y pidiendo en Occidente la mano de una nieta de Teodosio, mientras trataba en Oriente de mentiroso y de esclavo al Emperador, nieto de aquel gran hombre.

Por fin, corrió un día la voz de que avanzaba hacia Occidente, apoderándose espanto inmenso de las provincias cuando se supo que se aproximaba el "Azote de Dios". No venía sólo a exterminar al Imperio, sino a destruir la sociedad y la civilización, aplastando contra las ruinas del pasado el porvenir que allí estaba germinando. Iban a perecer también la Iglesia y los bárbaros. Entonces, el sentimiento de solidaridad entre romanos y germanos se despertó con vivacidad que no había tenido nunca en la historia; todos los pueblos germánicos —francos, burgundios, visigodos y muchos más— acudieron al llamamiento de Aecio a formar bajo las águilas romanas. El Occidente entero, haciendo esfuerzos heroicos, se levantó contra el exterminador; los bárbaros corrieron al encuentro del "Azote de Dios", y los obispos le apostrofaron desde las murallas de sus ciudades; parecía como si en el silencio universal que se anticipaba a los pasos de aquel hombre de muerte, se oyese la respiración de Europa. Ocurrió entonces un choque enorme: el choque de dos familias humanas, el de todas las fuerzas civilizadoras contra todas las fuerzas de la destrucción. Corrieron torrentes de sangre, y se formaron montañas de cadáveres en la jornada de Mauriac, donde al llegar la noche agonizaban sobre el campo de batalla cien mil hombres; pero Atila se retiraba, y el mundo se había salvado. El recuerdo de esta gran jornada se conserva imperecedero en la memoria de los pueblos que tomaron parte en ella; los godos encontraron allí asunto para su epopeya nacional, y se han conservado reflejos de ella en las leyendas de todos los obispos de aquella época.

En medio de tales convulsiones, el Imperio había desaparecido. El último Emperador que hay que citar, Valentiniano III, no es conocido en la historia más que por haber violado a una mujer y haber asesinado a un hombre; para colmo, este hombre era Aecio, el vencedor de Mauriac, el escudo de Roma. Después de este crimen, que entregó a la Ciudad Eterna indefensa a los saqueos de los vándalos, hubo algunos Emperadores, aun cuando ya no hubiese Imperio, porque nadie se acostumbraba aún a la desaparición de tan gran título; pero ya no eran, a decir verdad, sino comisarios imperiales enviados desde Bizancio para gobernar la provincia de Italia, o maniqués escogidos por los bárbaros, quienes los ponían en movimiento. Uno de estos bárbaros, Ricimero, nombró sucesiva-

mente a varios de estos botarates, que reinaban en su lugar, y a los que hacía desaparecer en cuanto intentaban tomar en serio su cargo. Después de sucederse así en Rávena, en el espacio de algunos años, media docena de emperadores, otro bárbaro imaginó hacer de la corona imperial un juguete para su pequeñuelo, que, por irrisión de la suerte, unía el nombre de Rómulo al de Augusto; pero el niño se vió a su vez despojado de la corona por un soldado de fortuna que, no atreviéndose, por ser bárbaro, a colocarse la púrpura, resolvió la dificultad de una manera radical: suprimiendo el título imperial. Tomó la precaución de que la abdicación forzosa de Rómulo fuese presentada a los contemporáneos como el restablecimiento de la antigua unidad romana, tal como había existido antes de Diocleciano. Para ello, las insignias imperiales fueron enviadas a Constantinopla, y se intentó calmar la susceptibilidad de los bizantinos asegurándoles que el poder de Odoacro era una emanación del de los Emperadores de Oriente.

Pero la realidad no correspondió a esta ficción del cauteloso bárbaro, pues ya no había tal Imperio de Occidente. La medida tomada por Odoacro era la comprobación de este hecho, y el jefe de los hérulos no hacía sino proclamar en un momento dado el veredicto que la historia había pronunciado mucho antes que él.

FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

HISTORIADORES. - El más ilustre del siglo IV es indudablemente Amiano Marcelino, autor de una vasta obra histórica, de la que sólo nos queda el final, que comprende los libros XIV al XXXI, y que abarca desde el año 353 al 378.

Fuera de él, el Occidente no tiene sino trabajos de compendiadores, como *Los Césares* y el *Epítome* de Aurelio Víctor, el *Breviario* de Eutropio y el de Rufo Festo, escritores todos de la segunda mitad del siglo IV.

Las letras griegas son más fecundas, aunque, desgraciadamente, lo que nos queda de los historiadores de la época ha sufrido mucho por el ultraje de los tiempos. Sólo se conservan fragmentos de Eunapio, pagano fanático y parcial, que cuenta los sucesos comprendidos entre los años 268 a 404; los de su continuador, Olimpiodoro, cuya na-

rración abarca desde el 407 al 425; los de Prisco, preciosos sobre todo por la historia de los bárbaros, y que comprende desde el 433 al 474; los de su continuador, Malco, fuente para los años 474 al 480, y los del cristiano Cándido, cuya obra se extiende desde el 457 al 491.

Pero el más importante y mejor conservado de todos estos historiadores es Zósimo, cuya obra en seis libros, desgraciadamente desfigurada por su animosidad contra el cristianismo, abarca desde Augusto hasta la conquista de Roma por Alarico (año 410), y resulta especialmente interesante a la muerte de Teodosio, año 395. Dichos libros han sido editados en el *Corpus historicorum byzantinorum* de Niebuhr.

PANEGIRISTAS. - Después de los historiadores propiamente dichos, no hay

fuentes históricas más abundantes, en el siglo IV, que los panegíricos de los Emperadores, a pesar de las exageraciones propias de este género de escritos. Han sido reunidos en una sola colección los de Pacato, Mamertino, Nazario y Eumenio, a los que hay que añadir los de Símaco y las poesías históricas de Claudiano y de Merobaudes. En griego, además de Eusebio, del que se hablará después, hay que mencionar aún a Temistio.

DOCUMENTOS OFICIALES. - Hay dos de importancia capital: el primero es el *Codex Theodosianus*, colección hecha por Teodosio II y que contiene en seis libros las constituciones de todos los Emperadores cristianos hasta el año

438. Esta obra hay que leerla en la edición de Godefroy. El otro es la *Notitia Dignitatum*, especie de anuario imperial de finales del siglo IV, que ha sido publicado en 1839-63 por Boecking, con un comentario, y en 1876 por Seeck.

Una imagen bastante viva del estado social se refleja en los principales escritores de entonces, principalmente, de entre los latinos, en las cartas de Símaco y de Sidonio Apolinar, en las poesías de este último y en las de Ausonio, de Merobaudes y de Rutilio Namaciano. Entre los griegos, hay que citar a tal objeto las cartas de Libanio, las cartas y discursos de Ginesio y los tratados polémicos de Juliano el Apóstata.

CAPÍTULO V

PROGRESOS DE LA IGLESIA

POR ENTRE las ruinas del edificio imperial surgía, majestuosa y risueña, la ciudad de Dios, dispuesta a recoger la herencia de la ciudad de los hombres. Desde la profundidad de las catacumbas, donde ocultaba sus poderosos cimientos, amasados con la sangre de los mártires, levantaba hacia el cielo la masa imponente de sus construcciones múltiples, aún sin terminar, pero en las que trabajaban sin descanso millares de manos. En menos de tres siglos había invadido todo el Imperio y creado en cada ciudad una comunidad cristiana. Pero las fronteras tras las que había quedado encerrado el empuje del genio romano eran demasiado estrechas para los anhelos de sus apóstoles. En su afán de expansión universal había rebosado ya sobre los bárbaros e introducido en la comunidad católica multitud de pueblos extraños al Imperio.

La antorcha de la fe brillaba entre los godos del Danubio, cuyo obispo Teófilo concurrió al concilio de Nicea, y entre las poblaciones agrupadas al pie del Cáucaso, a donde había sido llevada por un pobre esclavo. Arrojava también brillo radiante en las montañas de Armenia, convertidas en el baluarte oriental de la civilización cristiana, y de allí había penetrado en el Imperio de los persas, donde iluminaba a gran número de almas, y en donde dieciséis mil mártires formaron la corona de la Iglesia militante hacia el tiempo en que Constantino le daba la paz, como si la Providencia hubiese querido tenerla continuamente en jaque, sin permitirle que gozase nunca de reposo completo. También Arabia conocía a Jesucristo; los Himiaritas vivían bajo reyes cristianos; Adén y Ormuz tenían obispos, y los sarracenos nómadas, convertidos a la vez que su reina Mavia, venían a pedir misioneros al Imperio. Al otro lado del mar Rojo se levantaba triunfante el signo de la cruz sobre las altas mesetas de Abisinia, que, como Iberia, debía a esclavos cristianos el conocimiento del Redentor. Y mientras que, según tradiciones fidedignas, algunas lejanas ráfagas de Cristianismo taladraban, como crepúsculo matinal, las antiguas tinieblas de India y